

¡RECEPTORES Y EMISORES DE LA PALABRA!

DOMIGO II DE NAVIDAD

2 de Enero de 2.011

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: Este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan 1, 1-5.9-14

Palabra viene de parábola. Y toda palabra es una "parábola", va más allá de sí misma, se refiere a algo o a alguien distintos de ella. A la palabra le pasa lo que al eco y al espejo, que son eco y espejo porque en ellos se pronuncia y se retrata una voz y un rostro que los produce. En la palabra el hombre se simboliza y se paraboliza, se presenta y representa, se anuncia y se pronuncia a sí mismo. Nuestras palabras, cuando son sinceras y acertadas, son la mejor tarjeta de presentación, nuestro más precioso y preciso carné de identidad e identificación. Son ellas algo más que nuestro sustituto, más que nuestro doble. Es en ellas donde acontecemos, donde toma sonido el silencio misterioso que somos las personas. Son el cuerpo articulado y sonoro que nos despeja y espeja, emite y retransmite.

Y algo así es Jesucristo: Parábola y Palabra, Espejo y Eco, Especulación y Resonancia, Discurso y Exégesis del Padre. Quien a él lo escucha, escucha al Padre; y ve al Padre quien lo ve a Él.

Y así también somos nosotros: ecos del Eco, palabras de la Palabra de Dios. Por eso cuando nos sube hasta las hablas y las obras, hasta los labios y las manos ese Alguien mayor que lo mayor de nosotros mismos, y más íntimo que los más íntimo nuestro; ese Alguien que nos habita, la acunación de Dios que gratuitamente nos

constituye, es como si verificáramos y autenticáramos nuestro certificado de Hijos de Dios. Es como si nuestra carne y nuestra sangre, renunciando a ser nuestra cuna primordial y nuestra fuente manantial, se ofertaran disponiblemente para encarnar y ensangrar, testimoniar y decir en y con palabras humanas lo indecible e inefable el Misterio de la vida. Como si, restituyéndonos a nuestra más virginal infancia, nos viéramos "traicionados" por la abundancia del corazón abocado en los labios y palpitando en nuestras manos. Como si lo nuestro más nuestro fuera lo candoroso e ingenuo, lo primario y cristalino, la expresividad y la dicción.

Y también el mundo es parábola, referencia obligada, sacramento inconsciente de quien trascendiéndolo lo embaraza y dinamiza. Las cosas todas, pequeñas y grandes, cercanas y lejanas, visibles e invisibles... son otros tantos rostro diseñados y confeccionados por el Padre; son el concierto de mil voces con el que el Padre se pronuncia ante nosotros en sintonía adecuada con su primera y principal Palabra, Cristo.

Todo, todos, Cristo, parábola y palabra del Dios. Cristo, palabra transparente y traslúcida. Nosotros, diciendo y desdiciendo, revelando y ocultando, verificando y falseando, hablando y callando con los labios y las manos la Palabra de Dios con que de una vez por todas se pronunció Dios en nuestro mundo...

¡Ojalá que todos nosotros, en sintonía cada vez más afinada con la primera y última Palabra de Dios, Jesucristo, le demos nuestra palabra, y nos apalabremos con Él para ser sus anunciadores transparentes y fieles. Sería entonces nuestra existencia el mejor portal de Belén, el mejor árbol de Noel, la mejor Navidad después de aquella primera Navidad en que la Palabra de hizo carne y habitó en nosotros!

Juan Sánchez Trujillo